

LA POLITICA

Vivimos bajo un régimen, no sólo de iniquidad, como lo demuestra la observación más somera, sino de mentira, como lo acredita Tarde en su *Criminalidad comparada*, con estas palabras que nadie puede desmentir: «Concíbase, por hipótesis, un Estado en que todos los individuos sin excepción, el cura en su púlpito, el periodista en su diario, el diputado ó el ministro en la tribuna, el agente electoral en su distrito, el padre y el marido en la casa, todos dijeran, escribieran é imprimieran exactamente qué piensan y cómo piensan, y véase si habría una sola de las instituciones sobre las cuales reposa la sociedad, familia, religión, gobierno, que en el estado actual de las costumbres y de los ánimos podría sostenerse un sólo día.»

Y si lo expuesto es verdad en los hechos, y mentira en las explicaciones que los privilegiados les dan, ¿á qué el ahorro, que no es economía, sino privación? ¿á qué las reformas, que no son

sino cambios de nombres ó á lo sumo de formas en la manera de tiranizar y explotar á los desheredados? ¿á qué las sociedades cooperativas, cuyo beneficio positivo consiste en aburguesar á los trabajadores aún no excedentes por el maquinismo y en reducir á la condición de paria irredimible á los reemplazados por la máquina?

Para justificar la ineficacia de las reformas beneficiosas para los trabajadores que han de elaborar los legisladores, y la imposibilidad de que la cooperación dé en España los frutos que sus panegiristas prometen, no he de recurrir á los que demuestran constantemente tal ineficacia y tal imposibilidad, sino á uno de los colaboradores de *El Instituto del Trabajo*, Adolfo Posada, y al leader del cooperatismo español, Salas Antón.

1.^a Dice Adolfo Posada: «¡Cuán lejos nos encontramos de la verdadera función del representante del país! El legislador, el vigilante experto de la administración pública, desaparecen por completo bajo el procurador de una clientela exigente, sin ideal y dominada sólo por el egoísmo. Los Parlamentos dirigidos por semejantes fuerzas, obedeciendo á móviles *subjetivos*, por no decirlo de otra manera más *naturalista*, se

incapacitan, y despiertan á la larga, en el seno de la sociedad, desconfianza suma.

»Hoy mismo, hasta aquella facultad que siempre fué propia y exclusiva de las asambleas populares, se empieza á discutir. Porque á la verdad, imperando como impera en esa confusión, el afán de favorecer cada diputado á sus amigos ó á sus electores, mirando el representante no al interés del país, cual le obliga el mismo precepto legal, sino el interés y pretensiones de su distrito, definidos por los caciques, no ofrecen los Parlamentos una garantía firme en pro del buen empleo del dinero del Estado.»

2.^a En el *Primer Congreso Catalano-balear*, hallo el Dictamen de la Ponencia de Reformas Legislativas, obra de Salas Antón, dirigido á las Cortes en nombre de 50 sociedades cooperativas catalanas y baleares en que, «seguros de que las Cortes *habrán de sentir honda pena* cuando fijen su atención en la á todas luces injusta tributación que pesa sobre las sociedades cooperativas en tierra española establecidas, al tiempo que *habrán de sentir cómo se les abre el corazón á la esperanza*, al considerar cuál no sería el movimiento cooperativo catalano-balear en particular y el de toda España en general si las leyes le dieran facilidades, cuando en la región catalano-

baleares existen actualmente unas 120 sociedades cooperativas, á pesar de que *las actuales leyes no parecen hechas sino con el premeditado propósito de cerrar herméticamente las puertas de la patria á la obra cooperativa...* los exponentes se permiten exponer...» Sigue una serie de consideraciones demostrativas de que la cooperación es poco menos que imposible á fuerza de obstáculos y gravámenes, ó cuando más se ve reducida en España á condiciones que le impiden elevarse á la potencia necesaria para realizar algo que valga la pena, en vista de lo cual piden una ley en que se exima á las cooperativas de gabelas onerosas y se les favorezca con determinadas ventajas.

No se crea que ese memorial, sin duda la obra más importante del Congreso cooperativo, esté inspirado y sostenido por aquel espíritu de enérgica convicción que impulsa á los decididos y á los entusiastas, no; discutiendo sobre si habría de presentarse ó no á las Cortes, discusión ociosa porque únicamente para eso se escribió, hay delegados que se oponen, otros que lo miran con indiferencia, alguno que, sin esperar ser atendido de los poderes públicos, quiere que se presente para que se vea que no están los cooperativos «divorciados con el orden;» su mismo

autor, á pesar de la seguridad de *la honda pena* de que habla al principio el documento, no se muestra confiado en ser atendido, y dice que «ha creído deber puntualizar los hechos en el trabajo señalados en justificación al derecho de petición que como á ciudadanos y á cooperadores nos asiste.»

A este respecto dice Vandervelde en su obra *El Colectivismo*: «Cuando los trabajadores ven que los medios económicos empleados no bastan por sí solos para obtener su emancipación, vuelven sus ojos á la política, y en ella se encuentran otra vez frente á la plutocracia, que ocupa todas las posiciones, trafica con todos los cargos é inspira todas las resoluciones de un personal parlamentario ó administrativo, generalmente servil y corrompido. Los *trusts* reinan en la Casa Blanca, deliberan en las cámaras, arreglan los aranceles y dividen en última instancia la política extranjera.» Lo que corrobora Cornelissen en su *Théorie de la Valeur* con estas palabras: «Téngase en cuenta que precisamente en el primer período de la formación de los *trusts* los grandes capitalistas coligados nos han probado de un modo indudable que son más fuertes que los gobiernos de los Estados Unidos y de Europa, y que, según el hacendista Rusel Sage, no hay

más que un poder capaz de hacer frente á esas grandes combinaciones industriales y comerciales, cuyo poder presenta bajo la amenaza que encubren estas palabras: «*El pueblo una vez excitado, es más poderoso que esas combinaciones.*»

Reforzando la prueba de ese infame monopolio, incluyo la traducción de un interesante artículo de Pressensé, de *L'Aurore*, titulado «Democracia y Capitalismo,» publicado en *La Huelga General*.

«Con motivo de cierto negocio de azúcares en que el poder legislativo y el judicial han quedado en la República Francesa en situación poco decorosa, se lee en *L'Aurore* este artículo, del cual suprimimos por innecesarios á nuestro objeto algunos párrafos.

Me gustaría oír el grito de reprobación con que nuestros burgueses doctrinarios, organizadores y explotadores sin escrúpulo de los monopolios, primas, subvenciones y otros privilegios burgueses, acogerían á un diputado obrero que se hiciera el promovedor y ponente de una medida destinada á reintegrar en las cajas de todas las clases de sociedades obreras de su circunscripción el torrente de productos del impuesto.

Se cubrirían el rostro; se tomaría el aspecto de lástima al mismo tiempo que de severa censura;

se diría con voz temblorosa y lágrimas en los ojos que ciertas delicadezas son el fruto tardío de un largo aprendizaje; que no pueden existir en las *clases laboriosas* las mismas susceptibilidades de punto de honor que las que son naturales—después de una evolución diez veces secular,—en los descendientes de los cruzados y en los *grandes burgueses* que constituyen la flor del tercer estado.

La verdad es que esa hipocresía es capaz de aburrir á los hombres rectos y honrados: merced á mil ficciones, á circunlocuciones fingidas, al silencio interesado de los cómplices, se ha legalizado el presupuesto de Francia. Una categoría de fabricantes continúa teniendo participación legal en el Parlamento.

En los Estados Unidos, donde la cosa ha comenzado á hacerse descaradamente, existe una institución declarada oficial, llamada *Lobby* (colador, cedazo), formada por los agentes pagados por los *trusts*, sindicatos, compañías industriales que quieren hacer votar una ley, rechazar un proyecto, adoptar una enmienda ó conceder un crédito. Cuando llega este caso el oro llueve por todas partes; los solicitadores de las grandes concesiones pagan de antemano

el voto derrochando una parte de la ganga que con el voto se proponen obtener.

Hace más de treinta años, terminada la guerra de secesión, cuando en la fiebre de especulación que se apoderó del país acordó el Congreso, á los descubridores de negocios, que se ocupaban de las líneas transcontinentales, los derechos y regalías (expropiación, preeminencia, etc.) y las subvenciones (tierras limítrofes del trazado por millones de hectáreas) cuya necesidad proclamaron los peritos, los sufragios se compraron con acciones y títulos de propiedad. Corrieron entonces por Wáshington las más negras historias; se desarrolló todo un Panamá americano en cuyo curso llegó á mancharse de lodo un futuro presidente de la República, uno de los jefes respetados del partido republicano, el general Garfield.

Los escándalos que estallan de cuando en cuando no pueden perjudicar ya el desarrollo de una institución que las gentes prácticas declaran indispensable. Algunas legislaturas, la de Massachussets en particular, han tratado de evitar la corrupción, imponiendo severas penalidades á la compra de un voto ó de una opinión y aún al hecho de servir de intermediario practi-

cando el *Lobby*; pero al fin ha sido necesario renunciar á una lucha imposible.

En la actualidad el *Lobby* es omnipotente, reconocido por las autoridades y tratado de potencia á potencia. Tiempo atrás asistí en Wáshington, con sorpresa, á un banquete ofrecido á algunos senadores y representantes eminentes del Oeste por uno de los jefes del *Lobby*. Desde entonces la posición de esos agentes de corrupción ha prosperado.

Recientemente el mastodonte de la profesión, algo así como un Arton gigante, ha dado una fiesta en la cual el Gobierno, el Congreso y el Tribunal Supremo no han tenido reparo en ser representados por alguno de sus más reputados miembros.

De hecho—á pesar de todas las pudibundeces farisaicas,—las grandes compañías se han apoderado del poder en Wáshington. El *trust* de los azúcares ha inspirado y dirigido la política de los Estados Unidos, no sólo respecto de tarifas, sino en lo que toca á las relaciones internacionales y á la guerra misma.

El *trust* de los petróleos, el *trust* de los aceros, la unión de los constructores de navíos y otras asociaciones menos conocidas reinan en los Estados Unidos. Contra el poder de los ferrocarriles,

el Estado, el presidente, el Senado, la Cámara, los gobernadores, las legislaturas, los representantes del poder judicial que tan alto puesto ocupan en aquella República, todos han de declararse vencidos, y todos asisten á la creación de un gigantesco monopolio, que pone en manos de algunos especuladores el ejercicio de una tiranía sin freno, á despecho de las leyes, de la jurisprudencia, del *Inter state commerce commission*.

El público en general, la gran masa de los viajeros, de los consumidores, de los productores, se ve con sorpresa ligada de pies y manos bajo el dominio absoluto de algunos *reyes de los ferrocarriles*, que hacen y deshacen tarifas de fantasía, de opresión y de privilegio; que matan la industria que quieren imponiéndola cargas insoportables, expulsándola del lugar de producción de sus primeras materias ó de su mercado ó concediendo un tratamiento favorable á sus concurrentes; que ponen el puñal al pecho á los agricultores, significándoles por ukase las más bruscas elevaciones de tarifa; que rechazan toda responsabilidad para el transporte y los plazos; que inventan mil puerilidades para obligar á los productores á circular sobre toda la red á fin de exigir cargas terminales excesivas.

En resumen: jamás tirano alguno de melodrama redujo á sus infortunados súbditos á un estado más lastimoso de sufrimiento, de rabia y de impotencia, habiendo llegado ya al punto de que el conflicto pase de la esfera material y grosera de los intereses al de la literatura.

M. Frank Harris, un discípulo de Zola, pero perfecto conocedor del Nuevo Mundo, que une un realismo minucioso en el procedimiento á una gran fuerza de imaginación y á una poesía de expresión rarísima, en su novela titulada el *Octopus* (el Pulpo), ha pintado con admirable potencia, con áspera exactitud y con amplitud casi simbólica la absorción de un Estado, de todo el país, por el ferrocarril, patentizando la lucha entre los terratenientes del Oeste, colosales empresarios también de industria agrícola, y el ser anónimo en quien se resume y se encarna la omnipotencia del Capital.

Tal es uno de los aspectos de esa extraña evolución que ha convertido la América de Tocqueville y de Laboulaye, aquella Arcadia, aquella Salento de un liberalismo prudentemente democrático, en el paraíso del capitalismo rabioso, en el infierno del individualismo industrial. Ya sé que ese es uno de los estadios del *processus* que arrastra á nuestras sociedades á través de la gran-

de industria capitalista y sus espantosos desórdenes, hacia el régimen de la propiedad colectiva, de la producción organizada, de la humanidad dueña y no esclava de la riqueza.

Lo sé: y sin embargo no puedo menos de detestar, cuando considero el contraste que forma, no sólo con nuestra ciudad de justicia ideal de mañana, sino con la patriarcal de ayer, esa horrible máquina que tritura la felicidad y la libertad y que consume como combustible, vidas humanas é instituciones democráticas.

Fuerza es reconocerlo: el parlamentarismo republicano de los Estados Unidos ha muerto bajo la presión del *Lobby*, de los *trusts* y del capitalismo.

Contra ese poder que se extiende por el mundo y que encontrará su fin y su castigo en la revolución social, es ridículo el siguiente artículo del Código Penal español: «Artículo 557. Los que esparciendo falsos rumores ó usando de cualquier otro artificio, consiguieren alterar los precios naturales que resultarían de la libre concurrencia en las mercancías, acciones, rentas públicas ó privadas, ó cualquiera otras cosas que fuesen objeto de contratación, serán castigados con las penas de arresto mayor y multa de 500 á 5,000 pesetas.»

La verdad es que en punto á la acción política, el proletariado militante, como tal entidad, tiene antecedentes y compromisos que le obligan, como obliga á toda colectividad respetable la palabra solemnemente empeñada, á observar una conducta inflexible.

No hubiera afirmado con La Internacional en sus congresos y con sus actos la solidaridad con todos los productores que reivindican la totalidad de los derechos del hombre y la participación correspondiente en el patrimonio universal; no tuviera guerra declarada sin tregua al privilegio, haciendo solemne promesa de renunciarle aunque se le otorgase en beneficio propio; no hubiera adoptado como regla de conducta y como aspiración final la moral, la verdad y la justicia; no le separara de aquella burguesía que quería exterminar los lobos, las lobas y los lobeznos, es decir, los trabajadores libres, la sanguinaria represión que siguió al derrumbamiento de la *Commune* de París; no le enemistara con todos los poderes constituidos la persecución sistemática de la organización obrera y del ideal emancipador en Europa y América; no rigieran para los trabajadores que piensan y que son capaces del sacrificio por sus compañeros, esas leyes excepcionales que destruyen en todas las naciones,

monárquicas ó republicanas, aquella igualdad ante la ley que se consideraba como la única ventaja positiva de la Revolución francesa, y aun pudiera el proletariado, sin desdoro, aunque con cándida torpeza, entrar en componendas con los partidos burgueses y aun aceptar para los ambiciosos y los despabilados de su seno el sufragio universal sometido al encasillado que ahora se estila como fuente de poder y autoridad en substitución del llamado derecho divino.

Existiendo esos antecedentes, lo único que corresponde es que ante esos comicios que convoca el poder central y abren los muñidores aleccionados en el despacho del cacique ó del funcionario público; ante ese reclamo candidatesco que excede en falsedad á la abigarrada fraseología de los vendedores de panaceas en la plaza pública, los trabajadores deben ostentar su desprecio, no como abstencionistas, no como retraídos, porque la abstención y el retraimiento no son más que actos políticos de oposición, sino como hombres que saben que las agrupaciones nacionales, las patrias, sólo sirven para mantener viva la división, el antagonismo y la guerra en lo que debió formar siempre y formará en su día la positiva y verdadera familia humana.

Entre el proletariado histórico y esa burgue-

sía que detenta la riqueza social y que á las más modestas reclamaciones obreras responde con el fusil de sus mozos de escuadra, de sus civiles ó de sus soldados, no hay arreglo posible.

Los partidos burgueses no pasan de pandillas que buscan en el presupuesto la satisfacción de sus viles aspiraciones, y un partido obrero nacional, lo menos malo que puede representar es la negación de esta verdad que La Internacional dejó demostrada: «La emancipación de los trabajadores no es un problema local ni nacional, sino que, por el contrario, interesa á todas las naciones civilizadas, estando subordinada su solución al concurso teórico y práctico de las mismas.»

Por estas razones, los trabajadores dignos y conscientes se apartan de la política y no eligen diputados.